



Mujeres Italianas emigradas a Egipto (1870-1940) ¿Qué es lo que exactamente pasa con Penélope?

*Italian women (who have) emigrated to Egypt (1870-1940)
that is, what happens when the woman is the one who leaves home?*

Maria Agnese Straniero^{1, @}

¹Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer. España.
@Autor/a de correspondencia: aggy1557@gmail.com

Resumen

Desde siempre los viajes, se dotan de un matiz masculino: en el imaginario colectivo occidental es el héroe, y no la heroína, el que sale de viaje para vivir las más variadas aventuras. La pregunta entonces es ¿qué pasa cuando la mujer que tendría que quedarse en su hogar esperando el retorno de su hombre, decide salir y construir su propio itinerario? Se trata de intentar construir un mapa alternativo para revisar el tópico occidental que hace bueno el mito de que las mujeres no salen, de que las mujeres solo esperan. En el trabajo de investigación que he realizado me he ocupado de las mujeres italianas emigradas a Egipto, en particular de las mujeres de las aldeas de Calabria, de la Marche y de la comarca del Friuli que se fueron para trabajar de nodrizas, de niñeras y de amas de llaves, de bailarinas, a Egipto. La emigración de las mujeres, se puede enmarcar en un patrón de emigración primaria. Lo que resulta de interés aquí es el análisis y el estudio de como la relaciones de género se reproducen y transforman en el marco de este proceso. Desplazándose, como veremos en el caso de nuestras emigradas, esas mujeres abren una puerta, cruzan un umbral, una frontera y, en ese movimiento, en ese pasaje sucede algo, no es solo el Mar Mediterráneo lo que se cruza. Ellas, como veremos, probablemente cruzan fronteras desconocidas hasta entonces entre lo masculino y lo femenino, entre el deseo y la realidad, entre la libertad y la necesidad a largo plazo), transitan por un camino desconocido que se vuelve bien difícil y que no se sabe con precisión donde lleva, porque los viajes de las mujeres, como nos aclara Dinora Corsi no tienen retorno.

Palabras clave: Mujeres, emigración, género, margen, centro.

Abstract

In the collective mentality of Western culture, it is often portrayed that the one who leaves home or emigrates is male and usually, young and unmarried. Common perceptions even at academic level have ignored the fact that women also leave home on their own. Women also have embarked on migratory paths, searching for a better future for themselves and for their children. That is what happened between the end of the XIX and the beginning of the XX century, to some Italian women, of which this ethnography deals. They were often unmarried women but also married women, coming from small villages of the North as well as from the Centre and the South of Italy Those women emigrated to Egypt, and settled in Alexandria and also Cairo. This was a time when the country was passing through a period of widespread prosperity and an artistic-cultural expressiveness. The emigration of women has had an impact in three main areas: the family of origin, the community of origin the place of employment To these three fields, for ethnographic analysis, it is essential, to add the context of 'belonging,' to the country of emigration. The aim is to bring to light previously unknown life-stories, which serve to question an entire social establishment, as well as a symbolic that had a pre-assigned destiny for those women. I built this research around the hypothesis that those women travelers cannot return By crossing the Mediterranean, these women moved away from economic, socio-cultural and gender marginalization, which ruled their existence. Living as immigrants lead them to a social, economic "centre-existence," This was a journey that mentally they could never return from.

Keywords: Women, migration, gender, margin, center.

CUANDO LAS QUE EMIGRAN SON LAS MUJERES

La investigación que he llevado a cabo se ha ocupado de desplazamientos, de posturas, de mujeres. El desplazarse de las mujeres, de las que me he ocupado las llevó por "otras" trayectorias, por trayectorias alternativas, y les permitió dar testimonio de que la alteridad era posible. La investigación ha intentado encontrar y dar a conocer las huellas de la vivencia de las mujeres italianas en el Egipto del periodo entre finales del siglo XIX y los años 40 del siglo XX con el objetivo, de detallar la experiencia de la alteridad de las mujeres emigradas. El eje de mi investigación apunta más hacia Penélope que hacia Ulises y ello por dos razones. En primer lugar, porque ¿qué es lo que pasa exactamente con Penélope?:

"For it is a western cultural truism that Penelope waits while Odysseus voyages.... What happened when Penelope voyages? What discourse, what figures, what maps do? Can Penelope trace her own itinerary instead?" (Lawrence, 1994: ix-x).

La pregunta entonces es ¿qué pasa cuando la mujer que tendría que quedarse en su hogar esperando el retorno de su hombre, decide salir y construir su propio itinerario? Se trata de intentar construir un mapa alternativo (Rossi, 2005), un itinerario diferente, para así poder revisar el tópico occidental que hace bueno el mito de que las mujeres no salen, de que las mujeres solo esperan. En la vivencia cotidiana de las mujeres, en el imaginario colectivo de Occidente, la segregación entre los lugares que son apropiados para las mujeres y los que no lo son, ha estado siempre bien marcada. Por un lado, el espacio doméstico y privado; por el otro, el espacio exterior y público. Estas son las dos dimensiones opuestas que se han querido identificar, respectivamente, con el género femenino y el género masculino. Desplazándose, como veremos en el caso de nuestras emigradas, estas mujeres también realizaron, de forma no siempre consciente, un viaje interior en busca de sí mismas y todo ello con el fin de conseguir autonomía e independencia. ¿Quiénes eran? ¿A dónde iban? *Altrove* (En otros lugares) es el título de un interesante ensayo de Dinora Corsi sobre los viajes de las mujeres (Corsi, 1999), que se ha revelado como una de las fuentes inspiradoras de mi planteamiento. En 1878 el *Nuovo dizionario della lingua italiana* (Tommaseo, 1870) define el acto migratorio como: "salir desde un lugar para irse a otro, mudarse para habitar *altrove*, en otro lugar" (Palazzi, 1999). He construido mi investigación en torno a la hipótesis de que los viajes de las mujeres no tienen retorno. Voy a explicarme mejor: la elección de las mujeres de emigrar, alejándose por razones diversas de su contexto de pertenencia les hará recorrer un camino por el que no será posible volver. Cuando las mujeres deciden hacer algo diferente de lo que el contexto sociocultural, el orden simbólico en el que están inmersas, considera como "apropiado" para ellas (Anzaldúa, 2004), excluyendo y condenando cualquier comportamiento diferente; comportamientos que, de acuerdo con el orden simbólico patriarcal, remitiéndonos a las teóricas de la diferencia sexual, se definen como "no-apropiados", las expone a la imposibilidad del retorno. La acción de estas mujeres las llevará a vivir "en otro lugar", a habitar otro espacio, otro tiempo, hasta otro cuerpo. Nunca más volverán

a ser las mismas. El exponerse al viaje y a la separación, así como el hecho de experimentar una cotidianeidad diferente en el marco de un contexto social distinto, hizo que afirmaran una alteridad por ser migrantes y, a la vez, por ser mujeres; vivieron, por tanto, una alteridad específicamente relacionada con su género. La separación y la distancia que marcan la experiencia migratoria (aún más en el caso de las nodrizas, como veremos) van a determinar, en el marco de la hipótesis que planteo, que estas mujeres se enfrenten con una situación, que, a su vez, se las enfrenta. Esto desemboca en la necesidad que sienten estas mujeres de reformular su existir respecto del contexto de procedencia, lo que implica una reformulación, por tanto, de las relaciones de género. La distancia les permite tener una mirada distinta, una perspectiva alternativa. La ausencia de retorno de su viaje se concreta en una reformulación de la existencia de cada una de ellas, de su propio existir como distanciada. Distantes, por un lado, de su contexto de origen, pero al mismo tiempo "integradas" en un contexto alternativo, en "otro" contexto. La travesía por el Mar Mediterráneo no sólo las alejó geográficamente de su tierra, también las alejó de la marginalidad económica, socio-cultural y de género que regía su existencia en las sociedades de origen para conducir las a un centro económico, social y existencial. Como si de un ritual iniciático se tratara, nuestras migrantes se expusieron a un riesgo, que fue social y existencial al tiempo. Es por ello que su viaje no pudo tener nunca retorno. El género, por tanto, marcó su elección vital, y desde una perspectiva de género, lo que se va a documentar aquí es la existencia de una pluralidad de unicidades. Es una lectura compleja, donde los temas se entrelazan y unas cuestiones dan lugar a otras cuestiones, en una estructura de clúster. Se pretende, igualmente, cuestionar la existencia y correspondencia mecánica (y asumida) entre un supuesto ser sedentario femenino y un igualmente por descontado ser móvil masculino. Por el contrario, aquí hablaremos de mujeres que se apropiaron (de forma más o menos consciente, pero esto es una cuestión secundaria) de su propio papel de mujeres, de mujeres esposas y de mujeres madres, pero también de mujeres solteras, transformando así lo que podría haber sido un destino inmutable, atado a roles sociales propios de una estructura familiar patriarcal, en su punto de fuerza, lo que les llevó a seguir un camino hacia otros lugares, reales y simbólicos (*altrove*, de hecho). Lugares donde su cotidiano era igual pero distinto al mismo tiempo; realizaron esas mujeres un viaje que, de alguna manera, no tuvo retorno. Se trató, para decirlo con las palabras de Gramsci (1920), de mujeres de las clases subalternas, conectadas en multitud de aspectos con la marginalidad social. La relación entre el margen y el centro es sin duda una relación compleja; a pesar de las diferencias entre los distintos enfoques lo que no se puede negar es la existencia del margen, precisamente porque hay un centro que lo inventó y lo construyó a sabiendas, dando cuerpo a modelos conceptuales ideológicos y a inflexibles esquemas económicos. En el caso de nuestras mujeres, se trataba a la vez, de un margen geográfico, por estar los pueblos de procedencia alejados de las grandes vías de comunicación, aislados en el monte o en profundos valles, así como de un margen económico, toda vez que fue una emigración protagonizada por campesinos sin tierra, sujetos de una

economía de subsistencia y/o de artesanos pobres, de aquellos, por tanto, que tenían por todo patrimonio su fuerza de trabajo. Ocupaban asimismo un margen político-económico por pertenecer a una clase social bien distante de aquella que detentaba el poder y tomaba las decisiones y también un margen socio-cultural en el sentido en que lo define Cirese (1973),¹ por su situación subordinada respecto a la cultura hegemónica (Cirese, 1976).² Finalmente, ocupaban un margen “genérico”: se trataba de mujeres. Ese movimiento, ese andar de “nuestras” mujeres que salieron desde “el margen” para alcanzar “un centro” (el Egipto de los siglos XIX y XX) les llevó a cruzar fronteras, fronteras simbólicas y no solo geográficas; y, por todo ello, para ellas, no hubo retorno posible. Cruzar el Mediterráneo para las mujeres que emigraron solas, es, según mi visión, una acción que remite al concepto del ritual del tránsito ilustrado por Van Gennep y por Turner. En el mundo del otro lado, como diría Van Gennep, retomado posteriormente por Turner, la gente vive una vida momentáneamente alternativa y especular, pero cuando vuelve a la vida de todos los días, hay algo profundamente diferente en ellos (Turner, 1972; Van Gennep, 2002). Hay algo que ha cambiado definitivamente. Bloch habló de “la violencia de la vuelta” (Bloch, 1992). ¿Existió una violencia del retorno para nuestras mujeres? ¿Existe memoria? La emigración de estas mujeres conduce también a otras cuestiones: su migración, produjo un cambio, tanto en su familia de origen, como en el grupo social al que pertenecían. Ese existir *altrove* marcó sus vidas; mujeres emigradas que, aun teniendo diferentes orígenes geográficos y culturales, son recordadas en la comunidad de origen como algo “diferente”.³ Sobre ellas se emitieron los juicios morales más estrictos. Con el paso de los años, la interdicción ha ido desapareciendo adoptando modalidades diferentes en las tres áreas geográficas, pero sin perder el aura de misterio que las rodeó. *Altrove* (en otra parte (Corsi, 1999)). Son muchas las cuestiones que se plantean: ¿Qué le pasó a los maridos expropiados de su papel de sostén familiar? Y respecto a la comunidad, ¿cómo se vivió esta especie de diáspora? Los pueblos de los que salieron eran pequeños y las mujeres que salieron fueron muchas. Y los niños, ¿cómo reaccionaron? Se pretender dar respuesta, levantado el manto de silencio que cubre el fenómeno de la emigración en solitario de estas mujeres, a la cuestión crucial de si esta migración tan particular, ha sido una experiencia que ha transformado el papel de la mujer o si en cambio, ha favorecido la reproducción de los usos tradicionales y la reafirmación del viejo orden. No nos encontramos con la historia o la biografía, sino con una mezcla de historias, con una multitud de biografías que, sin embargo, repiten patrones que en cierta medida son recurrentes. Se trata, en resumen,

de una pluralidad formada por unicidades.

BUSCANDO LAS HUELLAS

El trabajo de campo desarrollado ha sido complejo, tanto en términos logísticos (la investigación de campo tuvo lugar no sólo en Egipto, sino también en tres diferentes regiones italianas, relativamente distantes entre sí) como en términos de recuperación de las fuentes orales y documentales. El trabajo de investigación versa sobre la experiencia de las mujeres que emigraron solas, diferenciándolas como grupo homogéneo de otros grupos de mujeres y/o hombres migrantes. Además, para ahondar en el estudio de las características antropológicas de los diferentes grupos sociales englobados en este colectivo tan amplio de mujeres migrantes, se crearon a efectos de la investigación, tres subgrupos en virtud del lugar de procedencia original de estas mujeres: por un lado las mujeres italianas, procedentes de Marche (subgrupo 1) y de Calabria (subgrupo 2), cuya emigración no había sido nunca objeto de una investigación sistemática, si bien era más o menos frecuente encontrar algún que otro artículo periodístico divulgativo que abordaba levemente la dimensión cuantitativa del fenómeno; y, por otro, las mujeres de la comarca de Gorizia y pueblos del Valle de Vipacco (subgrupo 3), ahora perteneciente a Eslovenia pero que en aquellos años pertenecía como las anteriores al ámbito de soberanía del Nuevo Reino de Italia. Respecto a las mujeres eslovenas, hemos tomado como punto de partida el trabajo realizado por la “Asociación Aleksandrinas”, que habían llevado a cabo una encomiable labor de recopilación de material en relación con este fenómeno migratorio (material que se había utilizado para la realización de sendas exposiciones), si bien no se había intentado hasta la fecha reconstruir biografía alguna. Adicionalmente contábamos también con el documental realizado por el director Metod Pevec sobre este particular. En 2011, el cineasta había entrevistado, para la realización del documental citado, a un grupo de mujeres supervivientes, muchas de ellas ya fallecidas. He utilizado estos testimonios como fuente secundaria, para completar o refrendar las hipótesis que se manejan en este trabajo.

La reconstrucción biográfica

Reconstruir las biografías de estas mujeres no ha sido tarea fácil: todas las protagonistas han fallecido y en las aldeas y pueblos de donde procedían han preferido olvidar esta emigración, considerada por muchos todavía hoy día como “incómoda”. El trabajo de campo se ha desenvuelto por tanto en un intento de hallar las trazas de esas mujeres. La búsqueda de las fuentes escritas y orales, así como de otros materiales para la elaboración se ha desarrollado en los lugares, a ambos lados del Mediterráneo. Para lograr este objetivo, hemos trabajado en líneas paralelas utilizando métodos diversos y complementarios:

- Búsqueda en archivos.
- Identificación y contacto con mediadores y familiares.

1 La cultura es el conjunto de actividades intelectuales y de productos manuales del hombre (y de las mujeres) en la sociedad, cualquiera que sea su contenido, su forma su nivel de complejidad se manifiesta, y lo que puede ser las diferencias que parecen existir con los aspectos superiores de las actividades mentales y manuales en una sociedad determinada (Cirese, 1973).

2 “En las sociedades denominadas “superiores”, la distinción, la separación, la estratificación y la oposición social entre clases o clases con diferente poder político y económico se reflejan generalmente en unas ciertas distinciones, separaciones, estratificaciones y oposiciones culturales. (Cirese, 1976).

3 Conforme a las entrevistas realizadas a sus descendientes.

4 http://www.aleksandrinas.si/aleksandrinas_ita/eventi/eventi. Se trata en este caso de una asociación formada por nietas de mujeres emigradas a Egipto, a las que se conocía como las “Aleksandrinas”.

- Construcción de redes locales de conocimiento.
- Consulta de materiales en centros de documentación.
- Utilización del documental de Metod Pevce, como fuente secundaria.

- Entrevistas directas a familiares, de las tres regiones de origen (el valle de Vipacco, el pueblo de Ripatransone, las aldeas del antiguo feudo de Cigala en la comarca de Catanzaro) y en las ciudades de El Cairo y Alejandría.

Una fuente directa de investigación y de validación de las biografías de estas mujeres ha sido también el material documental expuesto en la casa museo en Prvacina. Finalmente, he tomado también en consideración fuentes literarias que he considerado de interés para la investigación: el relato biográfico de dos mujeres emigradas a Egipto, la una hasta su muerte y la otra durante muchos años. Se trata de las biografías de Teresa/Esther Ferrero y de Annunziata Nardi. Ferrero fue la bailarina favorita y amante del Khedive Ismail, sobre la cual el periodista Alessandro Abrate escribió una biografía utilizando como fuente el diario que Teresa dejó (Abrate, 2014). La segunda es la bisabuela de la escritora Cristina Colella en cuya novela *“Dal Vesuvio alle piramidi”* relata su vida y sus vivencias en el Egipto de principios del siglo XX. Se trata de fuentes secundarias, que aportan, sin embargo, una interesante perspectiva sobre el hecho de que entre las migrantes se dieron casos también de mujeres burguesas de familias adineradas y/o pertenecientes al mundo del espectáculo, que decidieron en esa época viajar solas a Egipto (Colella, 2003).

La reconstrucción del contexto histórico migratorio

Para poder contextualizar históricamente los hechos investigados, he utilizado la literatura disponible. La recuperación de textos originales ha requerido un trabajo amplio llevado a cabo en bibliotecas de Nápoles, Roma, Turín, Trieste, Gorizia o El Cairo, así como la consulta de relaciones consulares (disponibles en ASMAE). Valiosas fuentes de información sobre la época han resultado ser las películas de Youssef Chahine (un director de cine egipcio), el Informe Boccara⁵, las novelas de la escritora Fausta Cialente (1961) y las muchas conversaciones mantenidas con los llamados “italianos de Egipto”. Fuentes de datos y, sobre todo, de inspiración han sido también la visita a unas exposiciones.⁶ De alguna manera he querido recorrer, en la búsqueda de sus huellas, el mismo camino que hicieron ellas cuando emigraron.

UNA EMIGRACIÓN SILENCIADA: CUANDO LA HISTORIA DE LAS MUJERES NO SE CUENTA

Como documenta entre otras Dasa Koprivec, (2008) y como pude personalmente comprobar en el transcurso de una entrevista que mantuve con la escritora Dora Makuc y en varios otros coloquios celebrados con las socias fundadoras de la Asociación *Aleksandrinks*, durante muchos años en

Eslovenia la emigración de las mujeres de los valles alrededor de Gorizia a Egipto había sido un tema tabú, de igual modo a como lo había sido, en Marche y en Calabria, aunque en grados diferentes. En Marche la comunidad ha empezado a cuestionarse y a recordar, gracias al trabajo de Gobbi (2011) y también a las investigaciones que juntas realizamos. Por el contrario, en Calabria el silencio lo cubría todo. En mi primer viaje a Tiriolo tuve la sensación de que estas mujeres no habían existido, nadie había oído hablar de mujeres migrantes. Esa invisibilidad de las mujeres que salieron a trabajar solas se remite a una cuestión más articulada, como nos indica Luisa Passerini (1992) en un texto que intenta reconstruir la historia de las mujeres campesinas en la Italia post-unificación. Las mujeres rurales, afirma Passerini, no eran una categoría homogénea, aunque tenían unas características comunes bien marcadas: eran reproductoras de la fuerza de trabajo y eran, a su vez, trabajadoras. Estaban excluidas de la política y lo más importante de todo eran “invisibles”. Esta característica de invisibilidad era común a todas ellas. La invisibilidad es, de hecho, el primer rasgo en común que tenían todas las mujeres italianas trabajadoras, emigradas o no. Si se analizan las estadísticas sobre ocupación laboral (Tirabassi, 1993), el trabajo de las mujeres ha sido durante largo tiempo infravalorado y ni siquiera ha sido tomado en cuenta para la elaboración de estadísticas. A pesar del silencio oficial, en las entrevistas que mantuve en Cicala con dos mujeres, hijas de una mujer emigrada a Egipto, me sorprendió constatar que la emigración de las nodrizas a “Negitto” (Egipto) fuera un hecho muy conocido. En esta comarca estos recuerdos se guardaban en la familia, el tema de las mujeres emigradas no se había incorporado a la memoria colectiva del pueblo, La sensación era como si aquella emigración de mujeres no fuera importante, no era algo que le pudiera interesar a la gente, no tenía un valor colectivo. Esa impresión me la confirmó lo que Katja Škrlić (2008) había remarcado en relación con la emigración de las mujeres desde Gorizia, un lugar a más de mil kilómetros de distancia:

“Most often, these stories did not leave the kitchen, where they were narrated, usually by the female members of the family [...]. They did not leave the kitchen because Marička, Štefka or Johana simply could not compete with the fascists, the battle of El Alamein, the transoceanic brigades and other stories from Africa,This topic, however, was not only marginalized, but also a bit taboo, as if there was something painful hiding beneath it” (Petek, 2012).

No se trataba de Marička, de Štefka o de Johana, sino de Angelina, Celeste o Rita, pero de forma paralela al caso esloveno, su experiencia, sus elecciones personales no constituían para la comunidad algo valioso, algo que valiera la pena no olvidar. Su presencia, su tránsito por la historia de la comunidad, aparentemente, no había dejado huella alguna; los pueblos de procedencia relegaron al olvido a estas mujeres y sobre todo a su (socialmente) incómoda elección, aunque ellas nos sigan mirando desde los retratos colgados en paredes de cocinas y comedores, entre imágenes de santos, velas y flores.

Razones para emigrar

Para esta pregunta existe más de una respuesta;

5 Boccara, Claudio, (coord.) (1878): “Della prostituzione delle donne italiane in Egitto” ponencia leída el 30 de junio de 1878, en la Asamblea General de la Sociedad Italiana de veteranos de las batallas de la nación, El Cairo, Tipografía Cumbo.

6 En Trieste: *Le rotte di Alessandria*; en Gorizia: *Arrivi e Partenze*; y en Eslovenia: *La casa in piazza o Hiša na placu de Prvacina*.

mi opinión es que básicamente, todo el planteamiento relacionado con la pregunta “¿Por qué?” es multidimensional. Me explico mejor: en el momento en que buscamos respuestas, es fundamental tener en cuenta dónde nos colocamos, qué perspectiva vamos a adoptar cuando intentamos reconstruir el contexto en que se toma una determinada elección. Cuando el enfoque, la perspectiva, está situada en el polo de expulsión, se identifican unos motivos concretos que justifican la elección; se trata de unos motivos bastante obvios, por así decirlo, que son comunes a muchas oleadas migratorias. Pero si enfocamos nuestra atención en el polo de atracción de la trayectoria emigratoria (los lugares de inmigración), nos enfrentamos con otros motivos que son específicos de este tipo particular de migración; motivos que, sin anular la eficacia de los motivos identificados en el polo de expulsión, arrojan una luz nueva que explica la elección no tan común de aquellas mujeres. De hecho, aunque no me cabe duda alguna de que las precarias situaciones económicas y los conflictos familiares siguieron siendo los motivos esenciales que justificaron la decisión de emigrar, en mi opinión existió en cada caso un impulso, un empuje individual que fue determinante para realizar esa elección. Creo que hubo un impulso que no sólo se originó en la situación de precariedad económica y vital de estas mujeres. He tenido ocasión de comprobar que lo que sale a la luz, cuando se analizan los detalles de sus vidas, es una necesidad, un deseo de afirmarse como sujeto histórico, como mujeres. Muchas de estas migrantes pusieron de manifiesto una tensión interior, una necesidad de “ser otro”, una tensión que las empujaba hacia un mundo menos marginal, hacia la posibilidad de poder acceder, en primera instancia, a la posesión de bienes materiales inimaginables en la realidad local; y en segundo lugar, para tener la oportunidad de formar parte de una dimensión cultural (antropológicamente entendida) que se veía diferente. La idea surgió a la par que realizaba el trabajo de campo: estoy profundamente convencida de que aquellas mujeres optaron por cruzar el mar, porque a pesar de su sufrimiento por la separación, querían experimentar y “experimentarse” en una situación diferente. Nacidas e inmersas en la realidad rural fuertemente agrícola y patriarcal de Ripa, de Prvacina o de Cicala, nuestras migrantes reclamaron su derecho a salir de su pequeño, estereotipado y limitado universo, de huir de su destino “natural”, que había sido prefijado por otros. Con ello cuestionaron profundamente toda una construcción social e ideológica que las quería “Penélope” y no “Ulises” (Gentile, 2002).

¿Que fue entonces lo que realmente pasó en el centro?

Cruzar el Mediterráneo fue para esas mujeres, un ritual de tránsito, antropológicamente entendido. Este ritual tal y como se ha definido en el marco de la antropología cultural, sobre todo por Van Gennep, pone en conexión las transformaciones en el ciclo de la vida humana con los cambios en el estatus social, para lo cual establece una vinculación entre los aspectos individuales y los cambios acaecidos en el estatus social. Deslizarse sobre las aguas del *Mare Nostrum* hacia Egipto, supuso para esas mujeres un cambio profundo; sin que esto causara a su vez, inicialmente, conmoción alguna ni en su vida individual ni en el marco

social de origen (exceptuando algunos casos de mujeres que partieron tras una ruptura definitiva y traumática con el lugar de origen). Se trató de un proceso antropológico que se vivió de forma difusa e inconsciente por parte de sus protagonistas, las cuales movidas por la necesidad y la falta de recursos se lanzaron, como tantos varones antes que ellas, a la aventura migratoria. Este hecho, sin embargo, habría de cambiar para siempre, y no sólo externamente, sus vidas. Este ritual tiene su propia estructura interna, una estructura que une de alguna manera el margen con el centro. Todo rito de tránsito supone, en este sentido, un movimiento que pasa por una separación preliminar (limen = umbral), un posicionamiento en el umbral que separa el margen de “algo” que ya no pertenece al margen y la tránsito más allá del umbral. Ese ritual que las mujeres vivieron de forma más o menos consciente, tuvo el efecto de provocar un cambio de estado, un cambio profundamente vinculado a la fuerza del ritual de tránsito mismo.

Sin duda alguna, el motivo económico jugó un papel significativo en la elección de aquellas mujeres. Eran pobres, se encontraban al límite de la supervivencia en algunos casos: es decir, emigraron para poder encontrar un trabajo que fuera seguro y que estuviera bien retribuido. Emigraron por necesidad. Pero, ¿qué trabajos podían desempeñar? La mayoría de ellas eran mujeres campesinas, pequeñas artesanas, originarias de aldeas perdidas de la península itálica que se expresaban en dialectos de base local y conocían poco el italiano y que apenas sabían leer y escribir. ¿A qué tipo de ocupaciones podían aspirar estas mujeres? Pues bien, en este tiempo en que las excavaciones del Canal de Suez se difundió entre los campesinos italianos que se fueron a trabajar a Egipto, que las damas de la clase alta alejandrina y cairota, buscaban nodrizas y niñeras para sus hijos, a las que pagaban sueldos incluso diez veces superiores a lo que se cobraba en Italia. Amamantar y cuidar niños era algo que nuestras mujeres sabían hacer, aun tratándose de campesinas analfabetas. Era una actividad bien conocida, una sabiduría antigua, aprendida, una sabiduría de alguna forma “inherente” a la biología femenina, a sus cuerpos de mujeres y era además una actividad que también tenía algo que ver al mismo tiempo con el cuerpo de otras mujeres. Mujeres-cuerpos-mujeres: el cuerpo de la mujer y su poder para engendrar la vida, esa capacidad inigualable, temida y envidada por el varón, había sido experimentado y vivido por estas mujeres como una debilidad, una carga, lo que las había mantenido atadas al hogar y al cuidado de los otros, lo que las había convertido en pecadoras y en redentoras, una fuente de fuerza y de debilidad a la vez. El cuerpo femenino, que tanto en el imaginario colectivo como en la realidad más prosaica nos remite a lo sagrado y a lo profano, al pecado y a la pureza, al parto y al aborto, a la vida y a la muerte, a la procreación y a la descendencia. Esa capacidad maravillosa, ese enorme poder, ha sido desde siempre sometido a control por el varón en el seno del orden patriarcal. Eso explica expresiones duras para las mujeres que no tienen hijos como que “están secas”, o que “son inútiles”, o las culturas que aíslan a las mujeres menstruantes a cuenta de “estar sucias” o aquellas que hacen de la virginidad un sinónimo de mujer honesta. Infinitos son los mensajes y modos con los que se podría poner en evidencia cómo la cultura patriarcal ha usado y manipulado el tema del cuerpo femenino. Y de

repente, el cuerpo femenino se convierte en la tabla de salvación, en la vía de salida y de rescate social y económico de familias enteras. La decisión está tomada: las mujeres deben emigrar para ser nodrizas (Fig. 1). Y no sólo nodrizas. También las otras ocupaciones que las mujeres consiguen en Egipto tiene que ver con “las actividades propias de la mujer”, con su género: son trabajos que se desenvuelven en el marco del hogar, a los que no se da mucha importancia ya que no exigen una cualificación especial. Estas mujeres trabajarán en las grandes mansiones egipcias de niñeras, cocineras, camareras, amas de llaves, criadas, incluso de costureras. Con el cuerpo tiene también a que ver otra de las actividades que van a desarrollar las mujeres en Egipto: cantantes, actrices y bailarinas, que llenaron las compañías de espectáculos. Actuaron en la ópera y en los grandes teatros. Algunas de estas mujeres se convertirán en amantes oficiales (incluso en “mantenidas”) de ricos industriales, banqueros y otros hombres pudientes de los círculos más elitistas de Alejandría y El Cairo. A veces con un amargo final, ya que nunca abandonarán el status de mujeres ilegítimas (Cialente, 1961).



Figura 1. Imagen de emigrada, posando con los niños a los que cuidaba vestida con su uniforme de nodriza, tomada en Alejandría en los años 20 del siglo XX. Fuente: familia de la emigrada Cicala Calabria.

Casarse con un hombre del “centro”

Muchas de las historias recogidas en el trabajo de campo a menudo se refieren en su discurrir al encuentro que se produce entre aquellas de nuestras mujeres, que abandonaron el país siendo solteras, con un hombre. Tal vez no se esperaba, tal vez no fue buscado, incluso puede que no fuera deseado, quizás en el pueblo había alguien que les esperaba. Pero lo cierto es que un día esas mujeres jóvenes conocieron a una persona especial, a un hombre concreto, alguien que les gustó y que les interesó, alguien seguramente muy diferente a lo que habían conocido hasta ese momento en su vida en el pueblo, en el margen. Ese hombre del “centro” implicaba una unión no exenta de riesgos; aun así, para muchas de estas mujeres mereció la pena. En los relatos de hijas y nietas llama la atención que, a pesar de las diferencias, estas mujeres jóvenes, una vez en Egipto, tuvieron el valor de cruzar otro umbral, un umbral cuyo traspaso hacía todavía más complicada la vuelta, una decisión que las vinculaba todavía más profundamente parte a “otro” mundo. En qué medida fueron estas mujeres conscientes del paso que estaban dando, es difícil de valorar, en todo caso, sí debieron considerar que valía la pena. La llegada a Egipto las había enfrentado con diversos retos inmediatos. Todo era nuevo, de modo que el proceso de aprendizaje fue, por tanto, global: era preciso reaprender no sólo costumbres y hábitos, también una rutina cotidiana distinta, y, sobre todo, un idioma (francés o árabe, mayormente). Este último aspecto era esencial. Todo era completamente diferente de lo que sabían, de todo lo que habían experimentado antes en su vida en el pueblo, en el margen. Conocer a un hombre “diferente” las enfrentó a una nueva decisión: casarse o no casarse con él, es decir, quedarse para siempre o mantener abierta la posibilidad de volver. De nuevo un umbral que cruzar, de nuevo una decisión trascendente que tomar. Unirse definitivamente a un hombre “diferente” era como cruzar otro umbral, un umbral interior, que las conducía a compartir un espacio y un tiempo diferente, un proyecto de vida con un compañero elegido y con ello hacer definitivamente suyos una religión, una lengua, una cultura y un entorno social totalmente ajenos. Este segundo traspaso de umbrales, esta decisión tenía riesgos intrínsecos explícitos: por un lado, era necesario abrir el alma y la mente, a otras posibilidades de ser y existir. En el camino por supuesto las acechaba el mayor de los riesgos: la nostalgia que dulcifica la memoria hasta alejarla de la realidad, el riesgo de perder la identidad, el riesgo de romperse en pedazos. La religión y los rituales de matrimonio generaron las primeras dificultades para estas mujeres mayoritariamente católicas cuando entroncaron con familias políticas locales judías, musulmanas o griego-ortodoxas. Pero no fueron las únicas.

La vivencia de los hijos

Mujeres, amores, amantes, esposos e hijos. Los hijos son el elemento fundamental que marca la historia de estas mujeres emigrantes. La presencia de niños, de alguna manera, determina la trayectoria de la migración. Por un lado, los hijos que se dejaron atrás en casa, aquellos por los que en última instancia estas mujeres emigraron en busca de un futuro mejor, hijos que nuestras mujeres entregaron

al cuidado de abuelas, tías o vecinas. Hubo también hijos que emigraron con sus madres. Hijos que volvieron a casa. Hijos que nacieron en Egipto. Y no podemos olvidar a esos otros “hijos”, los que lo fueron de otras mujeres, esos niños que estas migrantes cuidaron durante los largos años de su estancia en Egipto y que, de alguna manera, también fueron algo de ellas. Los hijos y, sobretudo, las hijas recuerdan y comparten este recuerdo. Todavía tienen recuerdos vívidos vinculados a sentimientos, a veces de confrontación, que todavía hoy duelen, a pesar de todo el tiempo transcurrido. El relato de todas estas historias de la vida real, de su vida, revela y actualiza poderosas emociones, inquietudes no resueltas, preguntas por contestar, reproches quizás injustos, agradecimientos silenciados y muchas heridas abiertas. “Pero, ¿quién es esa señora con sombrero?” (Fig. 2) le preguntó un niño a su hermana, en un pueblo del valle de Vipacco, al ver a una mujer desconocida, elegante que llevaba un enorme sombrero, acercarse a su casa. Nunca hubiera podido reconocer en aquella mujer tan distinta, a su mamá, una madre que venía de visita, que no se iba a quedar. La elección de las madres, de las abuelas, todavía resulta incómoda e inconveniente; hablar de ella, siempre liberador. En algunos casos, una elección aceptable y justificada, pero nunca exenta de una evocación de sufrimiento; en muchas ocasiones, todavía no se ha alcanzado la reconciliación. “¡¿Madre?! ¿Qué quiere decir *madre*?” Esta pregunta se la hicieron muchos de los hijos e hijas que se quedaron en Italia cuando ellas se fueron. Y también se lo preguntaron los hijos de esas otras mujeres en Egipto, cuyos niños cuidaron nuestras migrantes. Diferente fue la actitud de los hijos que acompañaron a las madres o la de aquellos que nacieron en Egipto y volvieron con ellas. Una vez en Italia, pero no pudieron evitar entirse fuera de lugar, “*out of place*”, siguiendo a Said, (1999), ellos se sentían profundamente levantinos⁸.

El retorno imposible

El paso del tiempo, la rutina diaria, tan diferente de todo lo que nuestras mujeres habían conocido en su tierra de origen, generó tanto en ellas como en los miembros de su familia, cambios inevitables; a veces, profundos. La realidad cotidiana en el país de origen contrastaba, y en muchas ocasiones entraba en conflicto, con lo que fue su vida cotidiana “al otro lado del Mediterráneo”. Estas tensiones entre lo conocido y lo nuevo, sobre todo cuando lo nuevo se vuelve “lo conocido”, añadió si cabe mayor dificultad a la vuelta a Italia de estas mujeres. Recuperar los vínculos antiguos fue complejo, volver a ser las que eran antes de descubrir un mundo nuevo, fue en ocasiones imposible. La vuelta se hizo tortuosa: ellas habían cambiado, el hogar que habían dejado atrás también lo había hecho. El tiempo en que ellas habían estado ausentes (en el centro) también había cambiado a los que se quedaron en el margen. El margen era ya otro distinto al que ellas habían dejado. Las mujeres migrantes cuando regresan tienen que hacer frente a una reinserción, a un nuevo proceso de aculturación, que nunca fue fácil, ni mucho menos obvio. Hijas y nietas se beneficiaron de la elección de las abuelas que emigraron, de



Figura 2. Fotografía de emigrada tomada en El Cairo a principios del siglo XX. Fuente: nieto de emigrada Ripatransone.

ese exponerse al contacto con otra dimensión, del hecho de haber andado un camino hacia el centro. Las hijas disfrutaron de la oportunidad de estudiar, de poder elegir, de trabajar fuera del hogar. Esa consideración de modernidad que caracterizó la actitud valiente de estas migrantes, sin embargo, puso a prueba los prejuicios y las formas de pensamiento cerradas en sí mismas tan características del margen y generó dolorosos sentimientos de frustración entre los hijos abandonados. Egipto marcó profundamente, para siempre, la vida de estas mujeres y la de sus familias. Fue un enfrentamiento inesperado con un mundo distinto, un mundo “otro” que les dio a ellas la oportunidad de acceder a experiencias impensables en el contexto original. Se mezclaron con diferentes personas, entraron en contacto con religiones y culturas diferentes, aprendieron idiomas distintos, se vistieron de otra forma, comieron alimentos desconocidos; todo ello les obligó, de alguna manera, a tener que reconsiderar su visión del mundo y de la vida, a poner en tela de juicio sus propias ideas y sus experiencias vitales anteriores. Estas mujeres se vieron solas, pero dueñas de sí mismas; si hubieran estado acompañadas por un hombre, ya fuere padre, hermano o marido, éste habría llevado a cabo una cierta labor mediadora entre ellas y el exterior, pero ellas estaban solas y eso marcó la diferencia. Todas las mujeres de las que me he ocupado, responden de una forma más o menos intensa, según cada caso, a esta imagen de mujer “*on the edge*” (Kaplan, 1987), es decir, en el margen. En sus vidas, si comparamos su vida cotidiana anterior y la posterior, el viaje convierte a estas mujeres en lo que yo llamaría

7 Entrevista a la nieta de una emigrada en Nova Gorica (Eslovenia) en 2014.

8 Término utilizado por los europeos nacidos en Egipto.

“identidades en el filo”. La mirada desde dentro hacia fuera, de la que habla Kaplan, que es el punto de partida de todas nuestras emigradas conlleva el “riesgo” de que la realidad observada cuestione el yo del sujeto que observa y el orden interno a que éste se remite. Emigrar supuso para todas ellas una separación, un alejarse de un mundo familiar y conocido, de su “zona de confort”, y adentrarse en un mundo “otro”, en una realidad nueva y distinta, en muchos aspectos desconocida y seguramente al principio, incomprensible. Ellas entraron en contacto con una nueva dimensión cultural, antropológicamente entendida como la manera de estar en el mundo y de relacionarse con los demás, de marcar la cadencia de una rutina diaria conformada por hábitos distintos. En un principio, probablemente el contraste entre un antes y un después, entre lo que se sabe y lo que no se sabe, choca y causa malestar, pero luego, poco a poco, se aprende: nuestras migrantes se fueron integrando en ese otro mundo, en el mundo “del otro lado” y se convirtieron en parte de él. Probablemente después de la llegada, buscaron amparo y confort en lo conocido (las hermanas eslovenas, las monjas italianas, las paisanas) y después, superado el miedo inicial, en una segunda etapa, se abrieron a la novedad que el contexto les ofrecía. Fue necesario (para sobrevivir, agregaría yo) “remodelar su forma de ser, una necesidad compartida por los inmigrantes que intentan cruzar las nuevas tierras, que tratan de integrarse” (Cerase, 2001). En esta dinámica, sin embargo, las vidas personales de esas mujeres aparecen marcadas por el abandono y por la pérdida, pero también por el enriquecimiento, la conquista y el cambio. Se dio lo que hoy llamaríamos una “contaminación”. Es cierto que no se trató de un proceso lineal y, que, por supuesto, no fue igual para todas las mujeres y que no todas tuvieron igual fortuna. Esto se puede afirmar también del retorno, en el ámbito de los modos y tiempos en que cada mujer se enfrentó al regreso, también aquí se puede hablar de una pluralidad de unicidades. Las implicaciones y los significados del acto de volver unieron a nuestras migrantes. Para todas ellas, el regreso, entendido como volver a ser la misma que era “antes” parecía tranquilizador, pero simplemente no lo fue. Físicamente algunas volvieron, pero el retorno “profundo” no se pudo dar a aquellas mujeres, marginales habían sido pobres, por haber nacido en un pueblo perdido entre valles y colinas, por estar atadas de forma atávica a una economía de mera subsistencia, por no haber podido estudiar y ser mujeres, y por no tener ningún poder de decisión sobre su propia vida o la de sus hijos. Estas mujeres, varias veces marginales y marginadas, cruzaron el mar que las separaba del centro y con su acción rompieron no sólo los vínculos que las ataban a su tierra, sino también a un orden de organización del mundo que regía la vida en los pueblos y que tenía nombre y apellidos de varón. Ellas no podían y no tenían que volver. Su vuelta iba a ser altamente desestabilizadora para el contexto social de origen; una sociedad cainita y angosta para la cual, la mujer que se había marchado, había dejado lisa y llanamente de existir. Unas volvieron y se sintieron en una jaula; otras ni siquiera regresaron físicamente y durante años se preguntaron, qué habría pasado si lo hubieran hecho. Pero ninguna de ellas pudo hacer como si la experiencia migratoria no hubiera existido: ya formaba parte de ellas. Hubo una tercera vía, la del no retorno aceptado, que no se tiene que entender como una negación, sino como una

afirmación. Algunas de ellas entendieron que jamás podrían ser lo que habían sido, ni cómo habían sido; pero sí podían aceptar lo que ahora eran, podían afirmarse en el cambio. Existieron para afirmar y no para negar su experiencia migratoria. Negar implicaba reconocer ante otros la incapacidad de crear y decidir por una misma, es una actitud que sabe a muerte; la afirmación, aun parcial y contradictoria, es un ejercicio de libertad, de creación, de positividad, una actitud que permite respirar. Una vez que se emprende un camino de afirmación, aunque ello no traiga de forma automática la emancipación, va de suyo que ya nunca nada volverá a ser como antes. Y en este sentido, su viaje tampoco pudo tener retorno. La etnografía de la que me he ocupado, mostró que el retorno, el *nostoi* de nuestras mujeres, no tuvo lugar, en ningún caso. El viaje de Odiseo se construye alrededor del regreso. Ulises, el hombre, el dueño, se va para llevar a cabo actos heroicos. Sabe que va a volver, pero no sólo eso: es que sólo el retorno da verdadero sentido a su viaje, porque la presencia de Penélope que le espera en el punto de retorno, es lo que da sentido a su existencia, legitima la celebración de eventos y da pie a la propia narrativa. Es por eso que Penélope deshace la tela que ha tejido durante el día para permitir que la epopeya de Ulises sea larga y duradera. En el caso de estas mujeres migrantes, nadie tejió ni destejió la tela durante el tiempo en que ellas realizaron su viaje. Algunas volvieron, otras no, pero en todo caso, nadie celebró ni narró su epopeya, ni siquiera la de aquellas que consiguieron, gracias a su esfuerzo garantizar la subsistencia de sus hijos. Penélope se fue y Odiseo, que se quedó en casa, no tejió tela alguna. Preocupado por la desintegración de su rol social tradicional de varón, vio cómo su razón de existir se le desmenuzaba entre los dedos de sus propias manos, y preocupado por averiguar quién era exactamente, optó por cerrar los ojos y olvidar que acaso Penélope hubiera existido o que se hubiera marchado. Incluso en los contados casos en que el amor y el afecto por la mujer distante superó esta prueba, no fue algo de lo que se hablara en público. Penélope estaba en boca de toda la comunidad, que la criticaba abiertamente. Odiseo no podía sobrevivir en ese entorno, justificando continuamente la elección del viaje, calmando las insidias acerca de qué estaría haciendo su mujer sola en tierras ajenas. Incluso aunque hubiera querido, Ulises no habría podido deshacer la tela por la noche. . Ulises sólo pudo seguir tejiendo hasta que la tela estuvo terminada. Y cuando la tela se terminó, Penélope ya no pudo regresar. Su retorno ya era imposible.

CONCLUSIONES

Como punto de partida de estas conclusiones me parece importante focalizar la atención sobre una llamativa peculiaridad con la que me encontré en el desarrollo del trabajo de campo: quienes se han implicado, investigado y trabajado en la recuperación de la memoria de las protagonistas y los hechos investigados han sido fundamentalmente mujeres. Como si todo lo acontecido fuera “sólo” un asunto de mujeres, como si las mujeres formáramos parte de una realidad paralela, casi virtual. Esas mujeres emigradas son figuras polémicas cuya vida y cuya personalidad han sido durante años el tema de interminables discusiones familiares. Son figuras incómodas. Mujeres

fuertes, mujeres determinadas, con algo misterioso acerca de ellas. Cuando las nietas hablan de las abuelas durante las entrevistas, revelan una admiración sin límites. Las abuelas se convierten así en figuras heroicas, de alguna manera, casi míticas. Las recuerdan cuando ya eran viejas y las describen como mujeres mentalmente libres, no atadas a los prejuicios del pueblo con los que tuvieron que enfrentarse durante toda su vida, prejuicios y críticas que no les impidieron tomar sus propias decisiones y su propia vida en sus manos. El cuerpo se impone, transforma lo que era una debilidad, lo que marcaba los límites del campo de acción de aquellas mujeres, del sexo inferior y marginal, en su punto de fuerza. Estamos frente a una contradicción en términos casi de oxímoron: debilidad y fuerza se unifican, los puntos límites se encuentran y, a modo de símbolo del infinito, se abre a espacios de libertad. Que la mujer que había emigrado tenía mucho coraje lo reitera la hija de una de aquellas mujeres en Ripatransone, que recuerda cómo a su mamá le gustaba decir: “Pasé el mar sin saber leer ni escribir”.⁹ El desplazarse, el atravesar el Mediterráneo no era una acción previsible para unas mujeres analfabetas, según el imaginario y el dictado del orden simbólico la comunidad de procedencia o incluso la misma mujer que se contempla a sí misma maravillada, con una actitud de incredulidad, porque su vida, su elección tan fuera de lo común la acaba colocando en un lugar físico y simbólico donde no tendría que estar. En todo caso, se trató, de trayectorias individuales que sin embargo confluyeron en una experiencia común, en una pluralidad de unicidades; se trató de un movimiento, de un desplazarse desde el margen hacia el centro, una acción que activó de hecho la relación entre el centro y el margen y que los puso en conexión, creando una dinámica en virtud de la cual esos dos lugares físicos y también se hicieron simbólicos y entraron en comunicación y se contaminaron mutuamente. Me explico mejor: hablar de mujeres que emigran solas significa hablar de caminos individuales, al mismo tiempo que tenemos que considerar el juego-fuerza de la colectividad que produjo dicha emigración y la forma como se reaccionó frente a algo que se había producido en su interior. La ruta migratoria es un camino individual, pero al mismo tiempo es un camino colectivo, como explica Sayad (1999) insertado en una dinámica de expulsión/atracción en relación con margen/centro; y esta dinámica se vuelve pieza clave para entender la experiencia en su totalidad. La relación entre lugar desde donde se emigra, a menudo el margen, y lugar hacia donde se emigra, casi siempre el centro, no es una relación exclusivamente unidireccional ni unidimensional. En la historia del siglo XX lo que es evidente, aunque muchos tiendan a no querer tenerlo en cuenta, es que el centro crea el margen (sin que quiera sonar blasfemo, yo añadiría incluso que lo hace “a su imagen y semejanza”), y que el uno se explica en función del otro, incluso de una manera mecanicista. Las pateras que todos los días tratan de llegar desde Libia a la costa de Sicilia, son una demostración impactante, llamativa y actual de la dinámica expulsión/atracción- margen/centro. Las tierras de origen de la emigración en Italia o Eslovenia eran y son en la imaginación colectiva, consideradas como tierras amargas, tierras ingratas; hay incluso toda una corriente de literatura popular

donde son recurrentes los términos de “tierra-madrastra de lágrimas” o “sangre de sus hijos obligados a emigrar” para referirse a ellas. En muchas zonas, la emigración no ha sido algo fácil de aceptar por parte de la comunidad. Cuando concierne a las mujeres, la comunidad local acepta el hecho todavía con una dificultad mayor. En el caso particular de las mujeres de las que me he ocupado hemos de tener en cuenta también que ellas con su elección, escribieron “otra historia” respeto a la de los hombres varones que emigraban y, es por ello que la consecuencia de esta elección tan extraordinaria tuvo también un impacto social mayor: los que se quedaron tuvieron que reorganizar también su forma de existir (de continuar existiendo) en el margen. En los contextos de origen regidos por un orden patriarcal, la salida de las mujeres solas, se vivió, aunque con diferentes matices, como una confirmación de una cierta incapacidad de los hombres varones, una incapacidad de cumplir *de facto* con su rol que les asignaba esa sociedad patriarcal: la de proveedores de bienes y de seguridad para la familia. Los varones se sintieron (y de hecho, lo fueron) expropiados de un papel de sostén familiar y, esto mermó su autoridad y dañó su autoimagen. Masculino era también el orden simbólico que sobrevolaba los contextos sociales considerados; era un orden construido por varones, cuyo andamiaje sostenían sin embargo las mujeres con su trabajo silencioso y secundario. Un andamiaje, por tanto, que sufrió especialmente con la salida de las mujeres solas, mostró al mundo sus defectos, su incapacidad de gestión, su ingratitud. No fue el empujón lo suficientemente fuerte para desmoronar el orden establecido, este orden no se derrumbó, pero se enfrentó con sus propios límites. La emigración de las mujeres solas no estaba prevista, no encajaba en su sistema, estaba fuera de control. Y lo que es diferente, lo que se sale del sistema, es peligroso. Estamos en un momento de reelaboración de los eventos relacionados con dicha emigración, una emigración poco común en las comunidades de origen. Desde la aceptación y la recuperación de la memoria, es la comunidad la que se enriquece, la que se abre, incluso si no lo hace físicamente, lo hará metafóricamente; será la comunidad entera la que se va a ir a El Cairo y a Alejandría, es la comunidad la que acompañará a sus mujeres. Mujeres emigrantes, que, abriéndose al contacto, emigrando, en primer lugar, expandieron su comunidad marginal hacia el centro que también se benefició del trabajo de estas mujeres; por el otro lado, aquellas mujeres trajeron algo del centro al margen: remesas de dinero, formas de vestir, comportamientos, comidas, otros idiomas, otras religiones, a veces maridos e hijos, en un continuo intercambio, porque su historia se incorpora a la historia de su comunidad adoptiva en el centro, pero también es la historia de sus comunidades de procedencia, en el margen. Ese encuentro o choque entre el margen y el centro no fue un camino fácil ni obvio; la inclusión en una sociedad totalmente diferente a las de su procedencia, tuvo efectos tanto en el centro como en el margen, que no existiría como lo conocemos sin el impacto causado por aquellas migrantes. Estas mujeres actuaron como agentes de cambio y de transformación. Margen, centro, margen. Una dinámica compleja. De alguna forma volver al margen hace que la mirada desde dentro hacia fuera sea más amplia. La capacidad de poder mirar desde el centro y desde el margen

9 Entrevista a hija de emigrada, Ripatransone, enero de 2015.

supone una gran tensión personal que puede llevar tanto a un auto-aislamiento deprimente como ser causa de innovación. En las noches de verano vemos la vía láctea brillar en el cielo, aun cuando la Tierra que habitamos es parte de ella. ¿Cómo es eso posible? Pues sólo es posible porque la Tierra ocupa una posición marginal dentro de ella. Esta imagen transmite exactamente lo que les sucedió a estas mujeres: el estar en el margen les permitió ver muchas cosas mejor de lo que hubiera sido posible imaginar en el centro. Es la “mirada torcida” de que nos habla Montserrat Roig (Roig, 1981). Estas mujeres tejen su propia tela, su tejer encierra mucha sabiduría, la de aquellas que conocen los dos lados del espejo, aunque no hayan sido siempre conscientes del dolor que ese conocimiento les iba a traer. Desplazarse les dio acceso a un conocimiento profundo, gracias al cual ellas, estas mujeres marginales, se volvieron poderosas, les permitió sacar de dentro de sí una fuerza que les permitió existir, afirmarse y afirmar su visión del mundo y de la vida. Cuando volvieron a casa (las que lo hicieron) dejaron su posición del centro físico y simbólico. Dudas y replanteamientos poblaron las vueltas de muchas de ellas. Se hubieron de exponer, otra vez, a todo tipo de situaciones, algunas extremas, para unas mujeres como ellas con un panorama vital de partida muy limitado, para ellas que eran al fin de al cabo unas mujeres marginales. No fue solo, parafraseando a Reina Lewis, una cuestión “*either supportive or simply oppositional*”; al contrario, la salida desde el margen, fue también “*partial, fragmented and contradictory*” (Lewis, 1996: 237). Sería fácil y ciertamente engañoso y simplista querer leer automáticamente en la dinámica margen/centro, la oposición entre términos como malo/bueno, viejo/moderno, atrasado/avanzado, etc. Los bordes que enmarcan la dinámica creada son mucho más difusos, el fenómeno desatado infinitamente más complejo. En modo alguno estuvieron estas mujeres acompañadas de ninguna expectativa al cruzar el Mediterráneo de una orilla a la otra, no llevaban mecanismos ni estrategias que les permitieran automáticamente resolver los conflictos que se iban a encontrar al otro lado del espejo. Es por eso que se puede afirmar que estas mujeres migrantes, fueron mujeres expuestas (como me gusta definir las). Se expusieron doblemente: con su elección profundamente transgresora de las normas convencionales se expusieron al juicio y, en la mayoría de los casos, a la condena social y familiar. Interiormente se expusieron a un desgarramiento emocional de consecuencias dramáticas. En este contexto, se puede afirmar con Gloria Anzaldúa y con la hija de una emigrada que “el mundo es un lugar inseguro para vivir”. Mujeres huérfanas de madre, de modelo femenino, en un mundo y en un orden simbólico que las hace huérfanas. La cuestión de fondo no es encontrar el cielo en la tierra, sino recuperar en su calidad de mujeres, la capacidad de decidir; adquirir la libertad que le permita afirmar la subjetividad propia, la singularidad personal, la propia unicidad como sujeto histórico y cultural, como mujer. “Ser por uno mismo y no por negación de otro” (Muraro, 1991). Ellas, nuestras mujeres, estaban insertas en una cultura, que tal y como aclara Cavarero (1987) había construido sobre la diferencia sexual, una jerarquía de la diferencia. Nuestras mujeres aprovecharon su supuesta marginalidad y lo único que ninguna cultura masculina ha podido negarle a la mujer, su capacidad para

procrear e hicieron de su cuerpo su fuerza, el medio que las llevó del margen al centro. La mirada hacia fuera genera una mirada hacia dentro, una mirada cuestionadora que permite al sujeto, en ese caso a nuestras emigradas, descubrir algo de sí mismas que hasta entonces ni ellas habían creído que existiera. Todas las biografías de las que me he ocupado, muestran un desplazamiento de enfoque desde fuera hacia el interior. Es una dimensión oblicua, de movilidad inversa, de fuerzas centrípetas y centrifugas que se contrarrestan, de atracción-repulsión y viceversa. Diría que de alguna manera, estas mujeres para poder dialogar consigo mismas, superando todos los obstáculos y dificultades imaginables se pon en modo de escucha activa y oyen “el canto de las sirenas que salen desde el centro,” a la par que no pueden desoír las voces interiores que les dicen que el orden convencional establecido en el que ellas han nacido y están insertas, no es el único que existe, que hay otras elecciones, incómodas, pero las hay. Como le sucede al sujeto nómada de Braidotti (1995), la vida de estas mujeres está marcada por la complejidad y el desplazamiento. El desplazarse no solo las conduce a ese otro mundo, al mundo que está al “otro lado del espejo”, las conduce también a sí mismas, a partes de sí mismas que desconocían; les permite entrar en una dimensión desconocida, una dimensión marcada por la multiplicidad, por la fragmentación, por la inter-subjetividad, por el inter-espacio. Fue un camino duro, que les franqueó el acceso a una dimensión donde, siguiendo a Muraro, existió una posibilidad marcada por una praxis que no se connota solo de negación sino más bien de afirmación, de elección, de decisión. Emigrar es cruzar un umbral, acceder a otro mundo, donde cada mujer emigrada sigue siendo ella, pero es a la vez otra. Cruzar el umbral de vuelta ya no iba a ser posible.

REFERENCIAS

- Abrate, Alessandro. 2014. *Ester, la ballerina del Kedivé. L'avventurosa vita di Ester-Teresa Ferrero*. Boves (CN): Araba Fenice.
- Anzaldúa, Gloria. 2004. Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan. En Macho Ronco, Rocío; Fernández Sancho, Hugo y Romero Salcedo, Rufo Álvaro (eds.) *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, 71-80. Madrid: Traficante de sueños.
- Bloch, Maurice. 1992. *Prey into Hunter. The politics of the Religious experience*. Cambridge: Cambridge Press.
- Boccara, Claudio (coord.). 1878. *Della prostituzione delle donne italiane in Egitto*. El Cairo: Tipografía Cumbo.
- Braidotti, Rosi. 1995. *Il soggetto nomade*. Bologna: Donzelli.
- Cavarero, Adriana. 1987. Per una teoria della differenza sessuale. En VV.AA. *Diotima. Il pensiero della differenza sessuale*, 43-79, Milano: La Tartaruga.
- Cerese, Francesco Paolo. 2001. L'onda di ritorno: i rimpatri. En Bevilacqua, Piero; De Clementi, Andreina y Franzina, Emilio (eds.) *Partenze Storia dell'emigrazione italiana*, 113-125. Bologna: Donzelli.
- Cialente, Fausta. 1961. *Ballata levantina*. Milán: Feltrinelli.
- Cirese, Alberto Maria. 1973. *Cultura egemonica e culture dipendenti. Rassegna degli studi sul mondo popolare tradizionale*. Palermo: Palumbo.
- Cirese, Alberto Maria. 1997. *Dislivelli di cultura e altri discorsi*

- inattuali*. Roma: Meltemi.
- Colella, Cristina. 2003. *Dal Vesuvio alle piramidi*. Roma: Fermento.
- Corsi, Dinora. 1999. *Altrove Viaggi di donne dall'antichità al Novecento*. Roma: Viella.
- Gentile, Bernadette. 2002. I viaggi di Penélope. *XXII Congreso de la Asociación de Hispanistas Italianos*, 12-14/09/2002. Salamanca.
- Gobbi, Olimpia. 2011. Emigrazione femminile: balie e domestiche marchigiane in Egitto fra Otto e Novecento. *Proposte e ricerche*, 66: 7-24.
- Gramsci, Antonio. 1920. Il Lanzo ubriaco. *Avanti!*, 1-2
- Kaplan, Caren. 1987. Deterritorializations: The rewriting of home and exile in western feminist discourse. *Cultural Critique, Literature and History*, 6: 187-98.
- Koprivec, Dasa. 2008. Searching for the Traces of Aleksandrinke, Slovene Migrant Women, in Egypt. *Etnolog*, 18: 93-104.
- Lawrence, Karen. 1994. *Penelope Voyages Women and Travel in the British Literary Tradition*. New York: Cornell University Press.
- Lewis, Reina. 1996. *Gendering Orientalism*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Muraro, Luisa. 1991. *L'ordine simbolico della madre*. Roma: Editori Riuniti.
- Palazzi, Maura. 1999. Le molte migrazioni delle donne: cambiamenti di stato civile e partenze per lavoro in Italia fra Otto e Novecento". En Corsi, Dinora (ed.) *Altrove, I viaggi delle donne*, 79-104. Roma: Viella.
- Passerini, Luisa. 1992. Storia delle donne, storia di genere: contributi di merito e problemi aperti. *Annali Istituto Alcide Cervi*, 1: 76-92.
- Petek, Polonia. 2012. *Lešandrinke - Timelier Than Ever*. <http://www.inter-disciplinary.net/at-the-interface/wp-content/uploads/2012/07/peteksafpaper.pdf>.
- Roig, Montserrat. 1981. *La hora violeta*. Barcelona: Argos-Vergara.
- Rossi, Luisa. 2005. *L'altra mappa. Esploratrici, viaggiatrici, geografie*. Reggio Emilia: Diabasis.
- Said, Edward. 1999. *Out of Place: A Memoir*. New York: Vintage Books.
- Sayad, Abdelmalek. 1999. *La double absence*. Paris: Editions du Seuil.
- Škrlić, Katja. 2008. Le storie delle Alessandrine. *Le rotte di Alexandria*, 1-2/12/2008. Trieste.
- Tirabassi, Maddalena. 1993. Italiane ed emigrate. *Altreitalie*, 9(1): 139- 51.
- Tommaseo, Niccolò. 1870. *Dizionario della lingua italiana 1858-1879*. Milán: Francesco Vallardi Tipografo-Editore.
- Turner, Victor. 1972. Passages, margins and poverty: Religious symbols of communities. En Turner, Victor (ed.) *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*, 231-271. Ithaca (NY): Cornell University Press.
- Van Gennep, Arnold. 2002. *I riti di passaggio*. Torino: Bollati Boringhieri.